

EL CORREO ESPAÑOL

DIARIO TRADICIONALISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Número extraordinario

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

AÑO XIII

Madrid, 1,50 pesetas al mes.—Provincias, 6 pesetas trimestre, 12 semestre y 20 al año; por correspondencia, 27.—Cuba y Puerto Rico, 5 pesos semestre.—Filipinas, 6 pesos semestre.—Estranjero: Países de la Unión Postal, 20 pesetas trimestre, 20 semestre y 35 al año.—Los demás países 30 pesetas semestre.—Pago adelantado.—No se admiten sellos.

Número suelto 10 céntimos de peseta

MADRID.—SÁBADO 10 DE MARZO DE 1900

En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 15 y 17, primero izquierda, en las principales librerías de la capital y de provincias y en casa de nuestros corresponsales.

Apartado de Correos núm. 180

Teléfono núm. 294

NÚM. 3.462

La Corona DE LOS MARTIRES

LA Cruz clavada en el Calvario dividió la historia en dos hemisferios, el de las tinieblas gentílicas y el de las claridades cristianas: se convirtió en eje del mundo social, y para que éste, en sus movimientos de traslación, no se apartara de la órbita de la justicia, puso en las almas las atracciones de la caridad, y para que la vida no se marchitara con la dictadura brillante muchas veces, pero casi siempre fría, de los entendimientos, puso sobre la aristocracia de las inteligencias la dinastía de los corazones inflamados por el amor de los amores.

Por eso, cuando hay tiranos en el solio y no hay mártires en el circo; cuando se contemplan las orgías de las ciudades y no se ven cenizas en las montañas ni anacoretas en el desierto; cuando los Césares se ciñen la tiara y no hay en los campos Cruzados; cuando los tiranuelos ultrajan el honor de la madre y los hijos callan, el vaho del error y de la culpa obscurece en los cielos la Cruz, y la noche tenebrosa del paganismo vuelve a extender su manto funeral sobre los hombres. Entonces los espíritus se enervan, los entendimientos desmayan, las voluntades enferman, nublense las frentes y los brazos caen postrados.

¡Tiempos terribles en que las naciones pasan por el período glacial que recorrió la naturaleza! Todas las bajas pasiones fermentan y los grandes sentimientos mueren. La envidia reemplaza a la emulación, el cinismo al valor, la ambición al amor a la gloria, y hasta la vanidad femenil usurpa el puesto al orgullo. La concupiscentia impera en los dominios antes sujetos al cetro del deber. Hay entonces choques de pasiones, batallas de apetitos por asaltar el botín y repartirse la presa; se lucha por la existencia individual, aunque la social sueumba.

No busquéis ya los grandes combates en que las legiones pelean a la sombra de una bandera y van serenas a la muerte iluminadas por un ideal. La tierra está seca porque falta la sangre del mártir, que la fecunda. Sin esa sangre, toda lozanía social se agosta.

Desde que la Iglesia flotando sobre las olas de sangre con que los mártires anegaban las galerías de las catacumbas é impulsada por ellas horadó la tierra y salió radiante a la superficie para tomar posesión del mundo, toda redención social tiene que venir precedida de mártires y seguida de Cruzados. Pueblo que no produce los primeros, si busca los segundos, encontrará sólo mercenarios. En cambio, nación que

produce mártires tiene un signo infalible de predestinación a la gloria.

¿España los produce? Mirad ese río de sangre que pasa al través de nuestra historia bajo el cetro y la Cruz enlazados con palmas y laureles, y si remontáis su curso y recorréis sus cascadas y sus remansos hasta llegar a las fuentes, no las encontraréis, ni en los Cruzados del siglo XIX, ni en las grietas de las rocas de donde brota la reconquista, ni siquiera en los circoes romanos, donde caen a millares las vírgenes y los santos; tendréis que ascender más, subir hasta la cumbre y ver en el costado del Redentor, y en la frente desgarrada, y en las manos y en los pies taladrados por vuestras culpas, las fuentes divinas de donde sale ese río que unas veces parece un Océano y otras arroyo; pero que ya desbordándose por nuestra historia, ya deslizándose por canales subterráneos bajo los alcázares de la revolución, nunca le dejades de correr sobre esta tierra de España.

Esas fuentes divinas que, según la frase de Renan, apagaron la sed de amor de doce siglos de ascetas, no se secarán jamás, y mientras la fe esmalte en vuestras almas el ánfora sagrada que ha de recibir algo de ese raudal de eterna vida, la esperanza será nuestra compañera y el triunfo un galardón a la obra de los Cruzados y de los mártires, entregado como una corona después del combate definitivo por Aquel que no dejando de premiar ni un vaso de agua que se dé en su nombre, no ha de dejar sin recompensa los martirios, las lealtades, los sacrificios, los dolores y las abnegaciones, que por la grandeza del fin supremo que los inspira tienen algo que sale de los límites del tiempo, y sólo el que es infinito, puede abarcarlos con una mirada satisfecha de esperanza y de amor.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA.

CARLOS V

PRESIDE a esta tiernísima y cristiana fiesta de los mártires la augusta figura de Carlos V. Su historia es muy conocida y su recuerdo dura con mucho relieve en los corazones carlistas. Los rasgos principales de él, escritos están con delicadeza inimitable en la hermosa carta de Carlos VII, que instituyó esta fiesta. Hombre piadosísimo, aún han quedado, a pesar de las leyes de proscripción que contra él se dieron, su nombre y su retrato en las instituciones benéficas que fundara ó protegiera, y ahí está para atestiguarlo, el lienzo del Refugio, que representa su varonil figura, como en gratitud a sus favores de cuando era Hermano mayor de esa Casa. Luego, en el primer escalón del trono, siendo Príncipe de Asturias, lo mismo que en el destierro y al frente de sus leales, en todas partes dejaba el recuerdo de su piedad edificante. La Virgen de los Dolores era generosísima de sus ejércitos, y Jesús, á quien recibía en su pecho con frecuencia, el Rey de su alma.

Y siendo Príncipe cristiano, seguramente había de ser también muy español. Lo fué, respetando mientras su hermano vivía las leyes fundamentales de este reino. Lo fué, ha-

ciendo luego de esas leyes su bandera. Sus derechos eran los de España, á que no se alterasen sus instituciones seculares, á que no se pisoteara la voluntad de los pueblos, á que no se demoliese el soberbio edificio que la tradición había levantado. Por eso peleó. Por eso sufrió las privaciones y el destierro; vagó por las montañas, huyendo de la furia de sus perseguidores, que querían asesinarle; recogió los laureles de su ejército; se vió en estrechísima pobreza. Y cuando la traición le hizo pasar las fronteras de la Patria, otra vez se halló pobre y prisionero, hasta que al fin su noble ánimo, que nunca se doblegaba, que había sabido resistir las amenazas de Napoleón y las huestes de la cuádruple alianza, voló de este mundo, dejando el yerto cadáver en el extranjero, donde espera la hora dichosa de las reivindicaciones supremas.

El trono hubiera sido para él, de haberlo querido. Viviendo su hermano, se lo ofrecían los tradicionalistas; muerto, se lo ofrecieron los liberales. Al alcance de su mano estuvo la bandera revolucionaria. Pudo tomarla antes que nadie, y de haberla tomado, ni habría vivido en Bourges, ni muerto en Trieste. De haberla tomado, reinaría hoy su descendencia. Pero escogió, como los justos de la Iglesia, la mejor parte. Escogió la proscripción, la pobreza, la amargura, el martirio...

La mayor dicha

LA caída de la tarde, en cuando dieron de mano al trabajo y de jaron bien preparados los frutos y hortalizas que al día siguiente, muy de mañana, habían de llevar al mercado, fueron, como de costumbre, á echar una parralada con D. Francisco, especie de patriarca de aquel lugarejo llamado el Rincón, á quien veneraban todos por la prudencia en el aconsejar, la discreción en el dirimir las más enojosas cuestiones, la largueza en el atender á las necesidades y apuros de sus convecinos, á quienes por San Juan había completado muchas veces lo que les faltaba para poder pagar el rento á los amos, y, finalmente, por la ejemplaridad de costumbres que de siempre observaron en él hasta el extremo de tenerle por uno de los contados justos y de los más cabales hombres que pisaban la tierra.

Recibiólos D. Francisco con su proverbial satisfacción, con seráfica sonrisa en los labios, preguntando á tal por la María Pepa, que llevaba un mes padeciendo tercianas; á cual por los zagales recién salidos del fastidioso sarampión; á este por el mozo que tenía en Valencia sirviendo al rey, como allí se dice; á esotro por la hija que para el tiempo de la seda pensaba contraer matrimonio, y á todos por la pinta de las cosechas, que, en aquel año, abrían el pecho á la esperanza de ver holgadamente remunerados los fatigosos trabajos agrícolas.

Apurado el caudal de los habituales cumplidos, le preguntó uno de los presentes, el tío Migalo, si traían los papeles algo de la guerra, pues él, por la mañana, cuando fué á la ciudad, vido en la plaza de abastos tal cual grupo de gente que hablaba de la morisma y le «paeció oír que había queao eso en naica» y que la gentuza marroquina quedaba como si tal cosa hubiera pasado. Algo cuesta arriba, añadía, me viene á mí creello, manque con las personas encargadas de gobernarlos, naa de extraño tendría que así sucediera, porque lo que no sea sacarnos motas por el consumo, y contribución por las tierras y su miaja de arbitrios por los animales, tie pa ellos grave defecultá y paece que jueban con tos á la gallineta ciega; pero con las vistas tapás aciertan siempre con el arca á onde guardamos las pocas perras.

—Sí, hijos míos, replicó D. Francisco, hombre de no escasa ilustración, pues aunque metido por muchos años en aquel rincón de la huerta, había con grande aprovechamiento estudiado en el colegio de San Fulgencio hasta terminar el tercero de Teología;—lo que has oído á esos hombres es la verdad. Terminó la guerra, aunque fuera más exacto decir que no había llegado á empezar. Creyo, y así sucedía en mis tiempos, que las guerras requieren sobre todo fe, ideales, entusiasmos, al go que empuja dentro y hace hervir la sangre en las venas. Los hombres de ahora carecen de eso. Están bien hallados con su pedazo de pan y en dejándose lo roer, lo demás les im-

porta tres cominos. Esa gentualla liberalasca, al entibiar las creencias religiosas, enfrió también los sentimientos de la Patria: y en cuanto tocan á sufrir y á padecer, no hay media docena de ellos capaces de ir detrás de la bandera... A los míos y á los vuestros, no les sucede eso. Como en que nos hemos de morir y el Señor nos ha de juzgar, creemos en la justicia de nuestra Causa; para servir-la queremos vivir; ¡vengan penas, vengan sufrimientos, venga lo que Dios quiera!, todo lo sobrellevamos, porque nuestra fe es de aquellas que vencidas por las opresiones, son glorificadas en el martirio. Por eso puede decirse, recordando cierta frase, que todos nosotros, soldados de la tradición, llevamos en la mochila, en cuanto salimos á campaña, si no el bastón de mariscal, la palma y la corona del mártir. Esto es regla general. Recordáis el episodio, que tantas veces os he referido, de aquel sargento González que luego de salvar la vida á un general del campo cristino fué condenado por éste á ser pasado por las armas? Recordáis cómo, enterado el general de que él era su prisionero, gestionó diligentemente el indulto y hasta consiguió restituirle la libertad? Ya os he descrito aquella escena:

—Sargento González, dijo el general, os debo la vida y quiero recompensaros: por recompensa os brindo un lecho en mi casa, un puesto en mi mesa y este nombramiento de ayudante...

—Señor, os lo agradezco, pero no lo puedo aceptar: no lejos se batén mis amigos; con ellos están mi alma y mi corazón; si queréis recompensarme, devolvedme la libertad.

—Puesto que así lo queréis, sois libre. Y antes de dos días González participaba de las penalidades de la vida de campaña.

No habían pasado tres meses, cuando aquel valeroso soldado cayó mortalmente herido.

Las últimas palabras que recogí de sus labios, fueron estas: ¡Compañero, di al general X que muero bendiciéndole, porque me ha permitido el goce mayor que ambicionaba en este mundo, la dicha de morir gritando ¡viva Carlos V!

¿Presenciáis ahora cosa semejante? Ahora se dice ¡viva la Pepal, ó las estrellas, ó los garbanzos; ideales, Dios los dé. Sólo nosotros seguimos al pie del surco... Soy ya muy viejo y no lo veré, pero vosotros, amigos míos, si veréis brotar la semilla. Muchos años llevamos peregrinando por el desierto; contad con que os halláis delante de la tierra de promisión. ¡Sería la vez primera que verdugos y tiranos han salvado el lago de sangre de los mártires!

A. Fernández.

Muerte de Santocildes (1)

Por la desierta sabana,
Que llaman del Peralejo,
Doblando, al marchar, la hierba,
Como impetuoso viento,
Guía la por e en jineta.
En cien caballos soberbios,
Que como van de avanzada,
No hacen hurtos al silencio,
Camina aguerriada hueste,
Nata y flor de guerrilleros
De infantería española,
Que no dan cuenta al miedo.
Allá van frenos y alegres
Los nunca vencidos tercios
De Fianles los vencedores
De Ceriñola y de Mezo,
Los que en Pavía apresaron
Al Rey Francisco Primeron
Y se a'zaron en la India
Con el mejicano imperio.
Bien lo sabe Santocildes
Y ya en su caballo apuesto,
Avido de mil batallas,
Cual guerrero de otros tiempos,
Y de llevar á su gente
Por entre raudos encañeros
A donde alcancen la gloria
De los siglos que se fueron.
Para el campón bizarro
Aun está Dios en los cielos
Y llama su Patria á España
Y aun el Rey empuña el cetro.
Y por los santos hogares
Y el trono y el sacro templo,
Frendas de su corazón,
Lleva desnudo el acero.
¿A dónde están los rebeldes
Que hicimos libres, de siervos;
Hombres, de salvajes fieras;
Hijos de la luz, de ciegos,
Que se vuelven á los bosques
Y buscan el antro negro
Y tornan la verde selva
Sucia alcáncera de cuervos?
¿A dónde están los rebeldes,

(1) Con mucho gusto publicamos aquí este hermoso romance dedicado a la muerte de un héroe de la última campaña de Cuba, que dió su vida por la Patria, rindiendo así un homenaje de afecto y admiración al bizarro militar que fué nuestro corresponsal y cuya memoria será siempre querida para los españoles.

Que de libres se hacen presos,
Y para ser más esclavos
Nos esperan en acosho?
Ahí están, como panteras
Por la alta hierba cubiertos
Numerosos y emboscados,
Los más haciendo de menos.
Ellos cubren la sabana,
Los collados y los cerros
Y tieta veces nos doblan
Las filas de nuestro cuerno.
Vienen por Martínez Campos,
Que haciendo burlas al mielto,
Con aquella escasa tropa
Se dejó sus campamentos.
Sobre la avanzada exigua
Rompen repentino fuego,
Que encabrita á los caballos,
Del fiel jinete á despecho.
¡Viva Cuba! ¡Viva España!
Resusnan como dos trancos
De dos tormentas vecinas
Que una sola serán presto.
Y alzándose en los estribos
Santocildes, y el acero
Resluciendo por el aire,
Qual t' rvo rayo colérico,
Dijo á su gente: —Soldados
De Dios, que es nuestro derecho,
De España, que es nuestra madre,
Del trono, que es nuestro cetro.
¡Vive Dios! somos leales,
Y rebeldes son aquellos;
Que hoy muera la rebeldía
Vencida y meirosa el suelo.—
Dijo, y lar zó su caballo
Con incómito denuedo,
Sin contar los enemigos
Y seguido de los nuestros,
Hacia la horrible vanguardia
De mil corpulentos negros
Montaraces y feroces,
Que parecen osos sueltos
Con las argollas de cro
De las narices cayendo,
Y que cual sañudos tigres
Acometen los primeros.
En alas luegas se abre
El enemigo asaas diestro,
Para envolver nuestros flas
Entre sus brazos de fuego.
Han descubierto la presa
Y vienen ciegos ó intrépidos
Por el caudillo valiente
Que manda nuestros ejércitos.
Y animoso Santocildes,
Sorprendiendo el pensamiento,
Quiso romperles un ala,
Para conjurar el riesgo.
Y al subir por las laderas
De un mal empinado cerro,
Sintió un balaz en el muslo,
Mas se mantuvo derecho.
Chorreaba bien la sangre
Desde el calzón hasta el suelo,
Y mudábase el rostro
Y se irritaba su aliento.
—General, dejadme el mando—
Entre piadoso y severo
Y en su corcel acorándose
Dijo el jefe supremo,
Mas repuso Santocildes:
—Perdonad si no obedezco;
Que el ánimo que aún me sobra
Debe ser guarda del vuestro.—
Y avanzando como un mártir
Que va al sacrificio cierto,
Hiclan á su presencia
Los viles filibusteros.
Y cuando ya la victoria
Lo bañaba en sus reflejos
Y los clarines de guerra
Iban á darla á los vientos
Y saludaban al héroe
Las manos y los aceros,
Rota la frente de un tiro
Cayó del caballo muerto.

F. J. Campaña.

Cayetano Díaz Agueria

LEGÓ en Canarias en 1872. Era un adolescente, casi un niño.

Había salido á campaña en Asturias, su país, á las órdenes del Teniente Coronel Viguri y con él cayó prisionero.

Deportado á Canarias con su jefe y compañeros de partida, allí los conocimos á todos. Formaban una pequeña colonia asturiana, ó más bien una familia, pues como tal vivían en una modesta casita de Santa Cruz de Tenerife, haciendo de padre el Sr. Viguri y formando la familia Mazón, Viguri (hijo), Valenciano, Tamargo y Díaz Agueria.

La vida de éstos, como la de todos los deportados, era ejemplar y así se explica el cariñoso trato que dispensaban á todos ellos los hospitalarios habitantes de Canarias.

Llegó un día en el cual el Gobierno republicano ordenó despojar a los prisioneros carlistas fueran llevados á Cuba á servir como soldados, y á Santa Cruz arribó para realizar el transporte el vapor Alicante. En propia y legítima defensa contra tal desafuero, improvisó un plan de sublevación para escapar y volver á la Península, plan que desgraciadamente fracasó.

Había puestos de peligro que ocupar

R. 7846 R. 7223



A LOS HEROICOS
MÁRTIRES
DE LA BANDERA
TRADICIONAL.

EL CORREO
ESPAÑOL

ANIVERSARIO DE 1900

y voluntariamente fueron ocupados, siendo uno de ellos reclamado por Díaz Aguería.

Su misión era sublevar el depósito de prisioneros de La Laguna, mientras otros compañeros hacían lo propio en Candelaria, villa y puerto de la Orotava y hasta en el mismo Santa Cruz, pero conocido al penetrar en el edificio que en La Laguna servía de depósito, fué preso y pocos días después embarcado para Cuba.

La campaña carlista en el Norte estaba en todo su apogeo. Sitiada Bilbao por nuestras fuerzas, ruñéronse las heroicas batallas de Somorrostro. En uno de los batallones alaveses que en aquellas jornadas tomaron principalísima parte, figuraba como oficial Díaz Aguería, quien evadido de Cuba se había apresurado á ocupar un puesto entre los esforzados combatientes que en el Norte luchaban por la Causa tres veces santa.

Era un día de acción. El batallón alavés de que queda hecho mérito, defendía una de las posiciones que los republicanos demostraban más empeño en conquistar. Defendiendo una trinchera estaba Cayetano Díaz Aguería con los voluntarios á sus órdenes.

En lo más recio de la lucha el brillante oficial asturiano recibió un balazo, pero siendo la posición que defendía un puesto de honor, negóse á retirarse á la ambulancia, desoyendo los ruegos de todos. Hasta que pasase el peligro, quería estar al frente de sus heroicos soldados, defendiendo la trinchera cuya guarda se le confiara.

Rechazado el enemigo, las baterías republicanas prepararon un nuevo avance rompiendo un fuego formidable contra las posiciones carlistas, y especialmente contra la defendida por el batallón alavés.

Díaz Aguería se mantenía de pie apoyado en su espada, á pesar de la sangre que por la herida había perdido, y alantaba á sus voluntarios en medio de aquella lluvia de proyectiles. Una granada cayó á su lado, y al explotar deshielo materialmente el cuerpo del bravo, punzonoso y entusiasta oficial carlista.

¡Pobre Díaz Aguería!

¡Descansa en paz, compañero!

Tú has sido más afortunado que nosotros. Vertiste tu sangre y diste tu vida por la salvación de España, y á nosotros sólo nos ha sido posible ver lágrimas llorando su humillación y su lágrima.

J. Aranda.

Los muertos y los vivos

El Augusto Jefe de la Compañía tradicionalista instituyó hace cuatro años esta hermosa fiesta del 10 de Marzo ó de los Mártires con tan feliz acuerdo que á pesar del poco espacio de tiempo transcurrido, la fiesta ha arraigado tan hondo y tan fuerte en los corazones de esa gran masa de españoles que representan la patria grande de otras épocas y que, libres de todas las miserias que la han empujado ahora, son una esperanza de futuras grandezas, que más que una fiesta nueva, una fiesta de hoy, parece formada con el concurso de largos siglos, con la fé y entusiasmos de muchas generaciones, como esas fiestas religiosas y patrióticas que desde tiempo inmemorial constituyen el alma de los pueblos en que se celebran.

Carlos VII, profundamente penetrado de la misión que la Divina Providencia ha querido confiarle, no puede, más que por desgracia suya, por desgracia de la patria, ocupar el puesto que le corresponde y desde allí dirigir con mano fuerte y experta esa nave que ahora va dando tumbos y chocando dolorosamente contra toda clase de rocas, cada vez más en peligro de hundirse ó estrellarse; pero mientras espera que llegue la hora de salvar á esa pobre España, estudia sus aspiraciones, recoge sus latidos, comprende sus anhelos, y con su patria con la verdadera alma española, en su corazón de Rey y de español forja esas hermosas iniciativas, como la institución de la fiesta de los Mártires que tan bien se adapta á nuestro modo de ser caballero y heroico, y que demuestran lo que haría ocupar el trono de sus mayores y lo que España podría esperar de su rey verdaderamente español, de un rey que comprende á su pueblo, que siente su pueblo, que pone á su pueblo ante todo y sobre todo.

Los mártires de la tradición y de la legitimidad tenían en el corazón del Rey y de su pueblo su altar en que se les rendía fervoroso culto; ahora tienen, además, el culto externo á que se hicieron acreedores, ahora tienen su día, día solemne en que la Compañía tradicionalista reunida bajo las sagradas bóvedas de los templos, eleva á los pies del Todopoderoso las más fervientes súplicas por el eterna descanso de los que al morir luchando por la Causa de la Patria y del Rey, lucharon por la de Dios, que es el primer lema de nuestro bandera, y en que en todos los círculos y hogares verdaderamente españoles se entona un himno de alabanza y admiración á los héroes que con su sangre nos trazaron el camino que hemos de seguir en el momento que la Providencia señala para la verdadera regeneración de España.

La fiesta del 10 de Marzo es la fiesta de los héroes y mártires de la Compañía tradicionalista. ¿Por qué, pues, su Augusto Jefe, al instituir la, la dedica solamente á los muertos? ¿Es que entre los supervivientes de aquellas gloriosas epopeyas no hay heroicidades, sacrificios y hasta martirios?

¡Oh, si, los hay y en abundancia! Este que nadaba en la opulencia y sacrificó toda su fortuna en aras de la santa Causa y ha vivido después y vive todavía trabajando penosamente para ganarse el sustento en medio de toda suerte de privaciones; aquel militar que arrojó por la ventana el brillante porvenir que le ofrecía su carrera; aquella mujer que al perder á su esposo perdió su posición desahogada y ha tenido que luchar con todas las tristezas de la viudez y con todos los horrores de la miseria; aquel joven que dejó en los campos de batalla un brazo ó una pierna, y con esto el modo de ganarse la vida... Y todos ó la mayor parte de estos héroes y estos mártires, hubieran podido encontrar fácilmente lo que habían sacrificado, con sólo reconocer á la revolución triunfante, que con promesas y halagos ha tenido siempre gran empeño en atraerse la honrada masas, y los pobres y los militares, y las viudas y los mutilados, han preferido las privaciones, la miseria, todo, á renegar de su gloriosa historia.

Pero, al incluir Don Carlos á los vivos entre aquéllos en cuyo honor instituyó la fiesta del 10 de Marzo, se hubiera incluido á sí mismo y en el lugar preferente. Don Carlos luchó en los campos de batalla, realizando proezas sin cuento, siendo el asombro y el estímulo de cuantos se honraron peleando á su lado. Don Carlos rechazó con el más solemne de los desprecios el trono que le ofrecieron los que no le conocían. Don Carlos ha sufrido el mayor de los martirios viéndose alejado de su patria, de su querida España, imposibilitado de salvarla cuando sus cobardes verdugos la llevaban al sacrificio y al vilipendio... ¿A qué enumerar la larga serie de amarguras que ha tenido que devorar el magnánimo y españolísimo corazón de Don Carlos por no querer arriar la bandera iamaclada de la Causa tres veces santa?

Don Carlos rinde el más fervoroso culto y se descubre ante esa legión de héroes y mártires que viven y que están dispuestos á renovar sus sacrificios y á prolongar el martirio mientras duren sus vidas; piensa sin cesar en ellos al pensar continuamente en su querida España; arde en deseos de premiar como se merece tanto heroísmo y tanto sacrificio, no pudiendo hacerlo ahora por ser también víctima de la revolución triunfante; pero no puede establecer fiestas en su honor, porque no quiere establecerlas en su honor propio.

Límitenos por hoy á orar por los muertos y á cantar sus heroísmos, y pidamos á Dios que no retarde el día de las grandes satisfacciones de los vivos.

A. Nestres.

CASTELL

¡Cuántos recuerdos gloriosos evoca este ilustre recuerdo!

Desde que sonaron los primeros gritos de guerra al tratar de reivindicar los legítimos derechos de Carlos V sus valerosos defensores, hasta que se apagaron los últimos ecos de combate en favor de Carlos VII, siempre se nos ha mostrado como el prototipo de lealtad y de heroísmo, de caballerosidad y abnegación.

No es sólo el invicto General D. Juan Castell el que honró con su intachable conducta é inenarrables proezas su apellido; fué igualmente su desventurado hijo Hipólito, inicuamente fusilado en Montealegre por los fanáticos liberales; lo fué también su heroico hermano, D. José, Coronel de nuestro Ejército en la primera guerra.

A todos, pues, alcanzan nuestros sufragios en este día; á todos debemos dedicar nuestros piadosos recuerdos, puesto que todos contribuyeron á legarnos una herencia de gloria; todos ofrecieron sus vidas en holocausto de la Tradición y de la legitimidad, y las cabezas principales de esta familia de héroes murieron en el destierro, lejos de su patria, por amar la justicia y aborrecer la iniquidad.

La historia de ellos es sabrada conocida para repetirla de nuevo; basta á nuestro propósito evocar su memoria, como debido tributo á la acrisolada lealtad y á las gloriosas hazañas de los Castell, y justo es recordarlos con veneración en esta época de apostasías sin nombre y de cobardías sin ejemplo.

G. Sánchez.

La despedida del voluntario

¡Adiós, familia querida!

¡Adiós, mi pueblo y mi casa!

En el campo la corneta

toca incesante llamada

y yo debo ir en seguida,

pues que soy hijo de España

y llama el Rey... á los buenos,

y está otra vez desplegada

la bandera de los lemas

que la hacen tres veces santa.

El fiero grito de guerra

desde el llano á la montaña

cunde pavoroso y triste

despertando á nuestra raza;

y pues que ardiente se agita

en el seno de la patria

la noble grey de cruzados

que intenta otra vez salvarla,

quiero formar en sus filas

como voluntario. ¡En marcha!

que por encima de todo,

de afecciones y amenazas,

está el amor sacrosanto

á Dios, al Rey y á la Patria.

No siento, no, las fatigas

ni me dan miedo las balas;

la vida perder no temo

ni emigrar á tierra extraña,

ni que muchos me calumnien

y me nieguen honra y fama.

Con ser estas desventuras

tan importantes y tantas,

ni me asustan ni me arredran

ni me apenan ni me alarman.

Lo que siento y lo que pienso,

lo que me importa y me mata

es dejar á estos pedazos

tan queridos de mi alma,

á mi padre tan anciano,

á mi madre tan enferma,

á mis hermanos tan niños,

á mi hermana desamparada.

Si yo no vuelvo ¡Dios mío,

qué será de ellos mañana!

¡Cuánto llanto habrá en sus ojos!

¡Cuánto luto en esta casa!...

Pero es forzoso, es preciso,

es un deber que yo parta:

la Madre conmigo me pide

el Rey... mi Señor me llama.

¡Adelante, pues, y calle

la voz de mi pecho... ¡En marcha!

¡Adiós, adiós, padre mío!

Cuando á lucir llegue el alba,

el primer rayo que baje

á iluminar tu ventana,

será un adiós de tu hijo,

de este hijo de tu alma,

que allá des delas trincheras

tine para ti y te manda

envuelto en blancos ropajes,

porque su conciencia es blanca.

¡Adiós, madre! Cuando lleguen

los céfiros á tu cara,

déja que bese tu frente

el aliento de las auroras,

porque la rápida brisa

te llevará entre sus alas

un beso candente y triste

del hijo de tus entrañas!

¿Te acuerdas cuando era niño

y en tus brazos me estrechabas

y me hablabas de la luna

ponderándome sus gracias?

Pues bien; cuando por la noche

vaya á iluminar tus canas,

tírala un beso, que en cambio

entre sus hebras de plata

irá una lágrima mía

para tí, madre adorada.

¡Adiós, todos! Mi cariño

ha de aumentar la distancia

el fragor de los combates

y el humo de las batallas.

Siempre en mi pecho sensible,

siempre dentro de mi alma

llevaré vuestro recuerdo

y vuestra memoria santa;

pero haced, en cambio, todos

por conservar la esperanza

de que volveré á mi pueblo

honrado, bueno y con ansia

de besar cien y cien veces

vuestros venerables canas

y de hacer que en un abrazo

se confundan nuestras almas

para ser vuestro consuelo,

para enjugar vuestras lágrimas.

¡Dios mío, guarda á mis padre!...

¡Dios mío, cuida mi casa.!

A. de Redondo.

EL VALOR de los recuerdos

Piadoso es el pensamiento de celebrar la Fiesta de los Mártires, que es la fiesta de los recuerdos, nuestra única y verdadera fiesta. Son los recuerdos parte de la vida, y cuando la vida es infeliz y triste, ellos la constituyen por entero. Lo mismo los pueblos que los hombres atraviesan épocas en que su único patrimonio es el dolor, y buscan fortaleza y consuelo en la memoria de lo pasado.

España está así en los últimos días de este infuasto siglo. Arrastra en medio de las naciones los harapos de su miseria y devora en silencio las amarguras de su soledad y su ignominia. El hoy es para ella negro y triste con negra y tristeza infinitas. Lloro desventuras horribles y agravios que no sufrió pueblo alguno iguales. Por eso su vista, la de los buenos, la de los honrados ha de volverse atrás, á los recuerdos, á las memoranzas de gloria que evocan en nosotros la querida imagen de una nueva vida. Y entre esos recuerdos, surgen en primer término las venerandas figuras de los mártires de la Patria.

Como en las casas grandes arruinadas, quedan todavía en este solar, por donde han pasado la desolación y la muerte, reliquias de valor inapreciable. Con alguna de esas reliquias de otras generaciones, dicen que vamos á engalanarnos en la Exposición de París para que las contemple el mundo y vea en ellas y por ellas á España. La idea es buena; España no es la de hoy, postrada, escarnejada y doliente bajo el tosco pie del opresor odiado, la de ayer es la Patria amada, la nación maravillosa que hemos conocido en las historias y en las leyendas y hemos adorado en los sueños.

Y si valen las obras de los hombres, más valen aún los hombres mismos. Los que para la Patria vivieron, los que llevados de la fe y el amor á la Bandera, engrandecieron con el tributo de sus sacrificios, de su virtud y de sus dolores. Figuras hermosas que se agigantan en lo pasado á medida que se empuñe y mengua lo presente. Pirámides de honor y de heroísmo que tocan en las nubes y pare-

cen más altas y más grandes á medi la que el nivel descende.

Hoy es su fiesta, hoy el día de elevar al cielo nuestras plegarias por ellos. Y no pueden ser esta fiesta y esta conmemoración exclusivas de los que por la misericordia de Dios seguimos sus huellas y acampamos en el mismo lugar de proscripción y persecuciones donde ellos clavaron su bandera y labraron su sepulcro. Para todos sirven. A todos invita el deber, el supremo deber de honrar á la Patria y ser españoles.

Un tiempo hubo en que dentro de esta nación ataba á todos los corazones la amorosa lezada de unos mismos sentimientos, y las almas se fundían en un mismo ideal. Dios, Patria y Rey era el lema de los antiguos hijos de esta tierra. Y de ese lema y de esas generaciones salieron los mártires, á quienes honramos el 10 de Marzo. Al orar por ellos seguramente no hay católico ni hay español que no nos de la gratitud de acordarnos de alguno de sus nombres ó de sus apellidos.

Y aunque hubiera casado, muy pocos seguramente, en que no hablase la sangre, ni el vínculo de la familia, árbol que tiene sus raíces en la tierra de los sepulcros, siempre se dejaría oír la voz del ideal y de la Patria.

Vencidos y postrados como estamos, tenemos un ideal, una aspiración hacia donde la voluntad y la inteligencia se mueven. Piden unos la libertad de las regiones, la resurrección de los tueros hollados por la ley de la fuerza. Pues ese ideal estaba en la Causa, por la que los mártires nuestros dieron su vida. Anhelan otros el florecimiento de la fé que languiece entre el positivismo materialista de estos días; pues por esa fé y por la Cruz luchaban, padecían penalidades y morían los cruzados de nuestras guerras. Desán tolos restaurar la tradición de grandezas que enalteció á España formando la incomparable majestad de su Corona y el inenarrable polo rio de su Cruz en ella, en la tradición templaron sus almas los mártires que vivieron rindiéndola culto patriótico en sus altares y encendieron su entusiasmo y su amor los héroes.

Por eso los mártires son de todos, porque de todos son los recuerdos y de todos es la Patria. Y todos, aun los más enemigos, veneran sin darse cuenta de ello, sin quererlo confesar, el ideal de nuestros mayores. Rasga la bandera y mostrad los pedazos á las gentes de diversos campos; seguramente verán en ella algo digno de su amor y expresión de sus sentimientos. La monarquía, la religión, los fueros, el Derecho, el honor, la lealtad, algo de todo esto que llenaba el corazón de los mártires, será motivo para enaltecer sus figuras á los ojos de los que ahora viven. Algo servirá para abrillantar la ejecutoria de nobleza que les dieron la lucha, la muerte y el sacrificio.

Acerquémonos á sus tumbas. Acostada allí y abrazada á sus huesos está la Patria, con ellos duerme la tradición y en ellos reposa el honor y la gloria. Son las tumbas de los recuerdos buenos, de las leyendas heroicas y de las ilusiones doradas. Para volver á vivir hay que buscar la inspiración en esos ejemplares. Para regenerar á España hay que romper con la espada de los cruzados la losa funeraria donde están enterrados la fe, la hidalguía caballeresca, la abnegación y el honor de la vieja España.

Eneas.

Aparisi y Guijarro

Con motivo de la próxima traslación de los restos mortales del gran carlista D. Antonio Aparisi y Guijarro al cementerio de Valencia, creemos de suma oportunidad dedicarle en este día un recuerdo dando un ligero extracto de la biografía de tan esclarecido varón.

Nació D. Antonio Aparisi Guijarro en la ciudad de Valencia el día 29 de Marzo de 1815 en la última casa de la calle del Horno del Vidrio.

Fué bautizado en la parroquia de San Estéban el día 31 del propio mes.

Su padre se llamó D. Francisco de Paula Aparisi y fué oficial mayor de la Contaduría del ejército, comisario de guerra, honorario, natural de San Estéban. Su madre fué llamada doña Francisca Guijarro, natural de Alicante, ambos casados en Villafranqueza, diócesis de Orihuela.

Los primeros estudios de don Antonio tuvieron lugar en el Colegio androsiano de las Escuelas Pías.

Si bien al principio no podía ni siquiera conjugar el «amor, amoris», sin saber como, el latín de la escuela pudo ser decorado como por encanto, colocándole á la cabeza de sus discípulos.

Desde un principio tuvo afición y escribió versos bien hechos y sentidos.

A los doce años ya ganó uno de los premios de una de las Sociedades de Valencia, concibiendo sus padres, desde entonces, grandes esperanzas en el porvenir de su hijo.

El año 29 murió el padre de D. Antonio, dejando á su esposa escasos medios de vida y siete hijos. Pero esta mujer herida no se desanimó, pues á pesar de haber quedado á la muerte de su esposo, pobre, con deudas, Dios coronó su constancia dándole medios para salvar su corto patrimonio.

El amor al saber que embargó á

Aparisi cuando niño, fué creciendo en él al compás de los años y á medida que se fortalecía su cuerpo y su inteligencia. Al que en su infancia le era imposible pasar el «amor amoris», en breve tiempo abarcó legislación, historia, filosofía, literatura y moral; extractaba los autores selectos, añadidos comentarios; escribió en jurisprudencia; empezó la traducción en verso de Virgilio, de Camoens y de Milton; en tiernos idilios hizo resaltar las bellezas de la Biblia; compuso dramas, tragedias, novelas, estudios históricos, y aun la condición infantil de suyo picarosa y desenfadada, le hizo caer en la tentación de burlarse é increpar, como Marcial y Juvenal, las ridiculeces y los vicios sociales.

D. Francisco Belda, escritor místico, le sometía las cuestiones más sutiles de teología. D. Rafael José Crespo, encanecido en los altos puestos de la magistratura, oíalo con profundo respeto, y el P. Maestro Fray Vicente Miguel y Flórez, lumbrera de la Orden de Santo Domingo, á quien Aparisi llamaba «su conciencia», tenía tan en cuenta al jovenzuelo, que, con pasmosa humildad, aceptaba las opiniones de éste en aquellos problemas más arduos de sus estudios.

En aquel entonces estuvo enfermo de gravísima enfermedad cerebral: creyó morir de ella. Sin embargo, convaleció trabajosamente, pero decía haber perdido la memoria de lo mucho que había estudiado.

Tenía Aparisi Guijarro diez y siete años cuando sus maestros publicaron sus odas sagradas en el «Diario Mercantil», llamando la atención pública, sobre todas ellas, las que vieron la luz con el nombre de «Amnistía».

En 3 de Julio de 1839 recibió la investidura de abogado, en Valencia.

El 24 de Diciembre de 1842 casó Aparisi, y aunque en su casa sólo contaba su madre con 500 reales, sin embargo, se llevó consigo á su cuñado don Francisco Adell y á una antigua criada.

Dedicó entonces exclusivamente al ejercicio de la abogacía, que llegó á absorberle por completo. Mañana hubo en la que informó siete veces. No hubo causa criminal en la que no se le nombrase defensor. No hubo pleito que antes de todo no procurase avenir las partes litigantes. Muchas defensas hizo, pero el mayor número fueron transacciones.

En aquel entonces Aparisi escribió en varias revistas y periódicos literarios, haciendo resaltar en todos sus escritos el estilo filosófico y melancólico que le distingue.

Dios, patria, religión, justicia y libertad fueron su bandera, y como medio de defenderlos, la unión de todos españoles, que después, por desgracia de España, tuvo que restringir añadiendo: «de todos los españoles que van á misa».

A ruegos de sus amigos, cedió su nombre para diputado en 1857. El ministro tuvo empeño en derrotarlo y lo consiguió.

Al año siguiente fué elegido la primera vez.

Sus triunfos en las Cortes fueron tantos como los discursos.

Siempre en la brecha, habló brillantemente en aquella época donde ya los acontecimientos de España y del extranjero, daban la pauta de un porvenir turbulento para la sociedad.

Humilde, modesto, frugal, demócrata en el bueno y genuino sentido de la palabra, Aparisi no dejaba por eso de poseer condiciones de actividad y gran ánimo. Por su iniciativa se formó un Consejo Central para la dirección de los negocios del partido carlista, confiándole la designación de las personas que lo habían de componer y excoyéndose á sí propio.

Entre sus originalidades se cuenta el no haber admitido jamás cruces ni condecoraciones ni de España ni del extranjero. «Nada quiero de nadie, decía, ni de Rey, ni de pueblo, fuera de la justicia que se nos debe á todos, de la libertad de un trabajo honrado y de ocho palmos de tierra que necesita cualquier muerto. Confío de Madrid el 20 de Enero del 63, enfermo y sin esperanzas de conseguir la fusión de las dos ramas de la familia de Borbon. Acompañóle el conde de Orgaz de Madrid á París. Pasó el Viduaosa y se dejó la mitad de su alma en España. En París conoció á D. Carlos y pudo decir de él que le conocía bien y que «valía mucho».

El 5 de Noviembre se paseaba inquieto Aparisi por los corredores de la casa. Por la tarde dictó una carta contestación á otra que había recibido. Aquella noche se dispuso, en compañía de su amigo D. Gabino Tejado, á ir á oír la ópera, pero á poco de haber tomado un coche de alquiler, con voz ahogada — Gabino, le dice, ¿llevas un corcaplumas? — No, contestó aquél con extrañeza ¿Para qué lo quieres? — Tengo congoja, me ahoga, siendo la corbata como para arrancársela.

Y al poco rato extiende los brazos y cae, como herido por un rayo, sobre el hombro de D. Gabino Tejado.

Al momento era cadáver. Su muerte, como la de ningún patriota, fué llo ada por todos los buenos españoles.